

RESEÑA

Ángel S. HARGUINDEY (ed.), *Memorias de Sobremesa. Conversaciones de Ángel S. Harguindey con Rafael Azcona y Manuel Vicent*, Madrid: El País-Aguilar, 1998, 254 páginas.

Por Álvaro Fernández

Universidad de Nacional de La Plata

Posiblemente los libros de memorias se hagan cada vez más necesarios a medida que el olvido se impone como costumbre. En *Memorias de sobremesa*, el ejercicio regocijante del recuerdo es muy efectivo. Manuel Vicent y Rafael Azcona, moderados por Ángel Harguindey ponen en el tapete de una mesa generosa un recorrido por la vida cotidiana de dos miembros del campo intelectual español en la posguerra. Con evidentes diferencias, ambos recuperan un tiempo que a todas luces emerge con cierta nostalgia de juventud.

Manuel Vicent, hoy escritor consagrado y columnista fijo de las páginas dominicales de *El País*, llegó a Madrid con una renta mensual fija y el vehemente deseo de escribir. El paso por periódicos y revistas, la construcción de una memoria de su Valencia natal y de la cultura mediterránea se enfrentan a la figura de Rafael Azcona, natural de Logroño y que pasó por penurias económicas en la dura posguerra intentando ser escritor. Azcona también pasaría por alguna de las publicaciones en las que publicaba Vicent, para dedicarse luego a la escritura de guiones de cine. Trabajo con los mejores directores españoles e italianos.

En estas sobremesas, ambas figuras reconstruyen un pasado que los construyó a su modo. Vicent con un distinguido acercamiento a la cultura popular y Azcona desde un acercamiento simple a problemáticas complejas. Ambos puntos de vista divergentes y convergentes según el caso, vuelven la vista atrás y rememoran los fervientes años sesenta, la lucha contra la censura, las situaciones surrealistas que se podían vivir en la cultura de un país sometido por lógicas provincianas. La historización es desordenada, caótica y anecdótica como suele ocurrir en las sobremesas. Interrumpen esta tónica algunas reflexiones y exposiciones teóricas de Manuel Vicent, que arma ramificaciones y conexiones tan deliciosas como en sus artículos. Lo apostrofa el moderador Harguindey: "Pero Manolo, tú pasas de la fisiología de los mosquitos a la capacidad de escribir *La Divina Comedia* estimulado por un amor imposible". Quizás esta sea la lógica desmesurada de las sobremesas y que ambos protagonistas se enorgullecen de ejercer. Incluso reivindican ese ejercicio sistemático del caos como una característica propia de los pueblos mediterráneos.

Seguir la discusión entre los dos escritores lleva a una caracterización sociológica de los

pueblos españoles, a una evaluación de los efectos de la política nacional, a considerar los problemas afectivos contemporáneos. La charla de sobremesa avanza mucho más allá de la literatura y el arte de escribir, que son un pretexto lateral, el oficio que reúne a los miembros de la tertulia, pero los temas son a todas luces, otros. La escritura se devela -como en la buena literatura-, en la superficie del texto. Los diálogos reproducen una oralidad jugosa y trabajada. Los escritores hablan como en las buenas sobremesas: juegan con las palabras y las eligen cuidadosamente, como a los vinos del menú.

El cine y la literatura son tratados como dos viejos conocidos, con el cariño de los viejos amigos y la íntima confianza a la que invita la tertulia. Sin pretensiones teóricas huecas, los problemas se abordan con la lógica inmediata de los que conocen su oficio. Las observaciones de Azcona sobre los guiones, los films y el rol de los guionistas son espléndidas por la crudeza e inmediatez que ostentan. El tono adoptado por ambos permite al lector sentirse también invitado a la mesa.

No todo en el libro son recuerdos. La difícil tarea de encauzar la charla de los dos verborrágicos escritores se extiende también a proponer temáticas: Harguindeguy sugiere hablar sobre el amor, la patria, la política. Las consignas son aceptadas para ser violadas sistemáticamente, la conversación se desparrama en meandros inesperados y el ejercicio de la memoria vuelve siempre, inmovible. Los escritores vuelven al pasado constantemente. En la charla se dibuja el mapa de una España que creció de golpe e impuso muchas veces el olvido como remedio a las injusticias del pasado. Desde posiciones distintas, ambos escritores aplican una mirada sarcástica y crítica sobre la sociedad española moderna, confrontándola constantemente con el miserable paisaje del franquismo.

El libro se plantea desde el título con una informalidad que cumple constantemente, casi como proyecto creador de una visión fragmentaria, ramificada y caótica de la cultura española. Como en los recuerdos, como las discusiones de sobremesa, el hilo conductor se construye y se destruye constantemente por obra de las asociaciones que el lenguaje impone. Azcona y Vicent se imponen como narradores sólidos de sus propias historias para contar a su vez otras historias, teorizar y bromear sin solución de continuidad. Un lujo que sólo pueden darse algunos escritores a la hora de sentarse a la mesa.